

Esta es una pequeña muestra
del libro *El Misterio Revelado*.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:

www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:

info@poiema.co



© 2014 Poiema Publicaciones

¡El Evangelio para cada rincón de la vida!

EL MISTERIO REVELADO

DESCUBRIENDO A CRISTO
EN EL
ANTIGUO TESTAMENTO

EDMUND P. CLOWNEY



Poema Publicaciones
Medellín, Colombia

EL MISTERIO REVELADO: Descubriendo a Cristo en el Antiguo Testamento /
Edmund P. Clowney

©2014 Poiema Publicaciones

Traducido del libro *The Unfolding Mystery: Discovering Christ in the Old Testament*, second edition ©2013 por The Edmund P. Clowney Legacy Corp, publicado por P & R Publishing.

Traducido por Cynthia Verónica Pérez de Canales, revisado por Patricia Cardona y Naime Bechelani de Phillips.

Todos los derechos son reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio visual o electrónico sin permiso escrito de Poiema Publicaciones. Escanear, subir o distribuir a este libro por Internet o por cualquier otro medio es ilegal y puede ser castigado por ley.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la Nueva Versión Internacional NVI ©1999 de la Sociedad Bíblica Internacional. Las citas marcadas con la sigla (RVC) de la Reina Valera Contemporánea ©2009, 2011 por las Sociedades Bíblicas Unidas. Las citas marcadas con la sigla (LBLA) de *La Biblia de las Américas* © Copyright 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Las citas marcadas con la sigla (RV60) de la Versión Reina Valera ©1960 por las Sociedades Bíblicas Unidas. Otras citas bíblicas y extrabíblicas fueron tomadas de la Biblia Latinoamericana ©2004 por Verbo Divino. En la mayoría de los casos, se ha cambiado el modo de la segunda persona plural. A las citas bíblicas se les ha puesto la primera letra de los pronombres que se refieren a Dios en mayúscula. Imagen de la portada: *Los discípulos se encuentran con Jesús en el camino a Emaús*, grabado por Gustave Doré.

Poiema Publicaciones
Medellín, Colombia
E-mail: info@poiema.co
www.poiema.co

Categoría: 1. Tipología (Teología). 2 Biblia. Nuevo Testamento / Relación con el Antiguo Testamento. 3. Cristo en el Antiguo Testamento.

ISBN: 978-958-58452-3-7

Impreso en Colombia
SDG

CONTENIDO

Acerca del Autor	7
Prólogo por J. I. Packer	9
Introducción	11
1. El Nuevo Hombre	19
2. El Hijo de la Mujer	37
3. El Hijo de Abraham	45
4. El Heredero de la Promesa	63
5. El Señor y Su Siervo	89
6. La Roca de Moisés	111
7. El Ungido del Señor	131
8. El Príncipe de Paz	167
9. El Señor que Vendrá	181
Notas de Texto	205
Índice de las Escrituras	211
Índice Temático	219

ACERCA DEL AUTOR

EDMUND P. CLOWNEY (1917 – 2005) fue pastor, profesor y teólogo. Después de pastorear iglesias en Connecticut, Illinois y Nueva Jersey, enseñó teología práctica en el Seminario Teológico Westminster y se convirtió en el primer presidente del seminario (1966-1982). Se desempeñó como teólogo residente en la Iglesia Presbiteriana Trinity en Charlottesville, Virginia, y en la Iglesia Presbiteriana Cristo el Rey en Houston, Texas, y también como profesor adjunto de teología práctica en el Seminario Westminster en California. A lo largo de sus años de ministerio, Clowney dio conferencias y predicó en iglesias, dirigiendo los corazones y las mentes de las personas hacia el testimonio que da el Espíritu Santo acerca del Hijo en cada texto de la Biblia, a través de cada época de la historia de la redención.

El Dr. Clowney recibió un B.A. (Grado de Licenciatura) de Wheaton College, un Th.B. (Grado de Licenciatura en Teología) del Seminario Teológico Westminster, un S.T.M. (Grado de Maestría en Teología Sagrada) de Yale Divinity School, y un D.D. (Grado de Doctorado en Divinidad) de Wheaton College. Sus libros y sus sermones están disponibles en la página web del Seminario Teológico Westminster.

El Dr. Clowney estuvo casado con Jean Granger Wright (17 de febrero de 1920 – 7 de junio de 2008) por sesenta y tres años. Tuvieron cinco hijos, veintiún nietos y quince bisnietos.

El Dr. Clowney le pidió a su nieta, la Sra. Eowyn Jones Stoddard, que escribiera preguntas para *El Misterio Revelado*. Las preguntas sobre el estudio y de aplicación se incluyen al final de cada capítulo.

PRÓLOGO

J. I. PACKER

LA BIBLIA ES UNA UNIDAD. Esta es, quizá, la más increíble de todas las cosas increíbles que son ciertas acerca de ella. Consta de sesenta y seis unidades distintas, escritas durante más de mil años en una amplia variedad de fondos culturales, por personas que en su mayoría trabajaron independientes la una de la otra y no mostraron ninguna conciencia de que sus libros se convertirían en la Escritura canónica. Los libros en sí mismos son de todos los tipos: pujante poesía en prosa, himnos codeándose con la historia, sermones con estadísticas, cartas con liturgias, visiones espeluznantes con una canción de amor.

¿Por qué reunimos esta colección entre dos pastas, la llamamos *La Santa Biblia* y la tratamos como un solo libro? Una de las muchas razones para hacer esto es que, una vez que comenzamos a explorar esta colección como un todo, esta prueba tener una coherencia orgánica que es sencillamente impresionante. Libros que fueron escritos con siglos de diferencia parecen haber sido diseñados con el propósito expreso de complementarse e iluminarse entre sí. A lo largo de toda ella hay un personaje relevante (Dios el Creador), una perspectiva histórica (la redención del mundo), una figura fundamental (Jesús de Nazaret, quien es tanto el Hijo de Dios como el Salvador) y un sólido cuerpo de enseñanzas armoniosas sobre Dios y la santidad. Verdaderamente la unidad interna de la Biblia es milagrosa: una señal y un prodigio, desafiando la incredulidad de nuestra escéptica época.

Teología bíblica es el nombre genérico para aquellas disciplinas que analizan la unidad de la Biblia, ahondando en el contenido de los libros, mostrando las conexiones entre ellos y señalando el flujo continuo del proceso de la revelación y la redención, que alcanzó su punto culminante en Jesucristo. La exégesis histórica, que analiza lo que el texto significaba e implicaba para sus lectores

originales, es una de estas disciplinas. La tipología, que busca en el Antiguo Testamento patrones de acción, operación e instrucción divinas que encontraron su cumplimiento final en Cristo, es otra.

En ambas artes Edmund Clowney es un veterano y un maestro, combinando en él mismo la sobriedad de una mente sabia e instruida con la exuberancia de un corazón entusiasta y adorador. *El Misterio Revelado*, un estudio de la estructura del Antiguo Testamento para entender a Jesús, es el clásico Clowney.

La importancia de este tema (el Antiguo Testamento apuntando hacia Cristo) es enorme; aunque por medio siglo los maestros de la Biblia, posiblemente apenados por el recuerdo de intentos del pasado que fueron demasiado fantasiosos en lo relacionado a la tipología, no le han sacado mucho provecho. (Su importancia perdurable, podríamos decir, ¡es proporcional a su descuido actual!). Por esta razón, el admirable enfoque que el Dr. Clowney hace de este tema se debe apreciar mucho; llena un vacío y suministra una necesidad palpable.

Prepárate para que tu corazón se conmueva y que tu mente se aclare mientras lees este libro.

DR. J. I. PACKER

INTRODUCCIÓN

“LA MÁS GRANDE HISTORIA JAMÁS CONTADA”. Este título se ha usado para la Biblia y con buena razón. La Biblia es el mejor libro de historias, no solo porque está lleno de historias maravillosas, sino porque cuenta una *gran* historia: la historia de Jesús. Esta historia todavía se cuenta a miles que la escuchan por primera vez (quizá en un departamento en Hong Kong o en un dormitorio de una universidad norteamericana).

Pero ¿dónde comienza en la Biblia esta antigua, antigua historia? No en el pesebre, en el establo de Belén, sino antes. ¿Qué tanto? El evangelio de Lucas comienza la historia por lo menos un año antes del nacimiento de Jesús.

Un sacerdote anciano, Zacarías, estaba parado junto al altar del incienso en el Templo de Jerusalén. De repente no estaba solo en el santuario. Un ángel estaba parado ahí junto a él: “No tengas miedo, Zacarías, pues ha sido escuchada tu oración” (Lc 1:13). El ángel después le anunció a Zacarías que tendría un hijo: Juan. Lo increíble no era solo que una anciana pareja sin hijos tuviera un hijo, sino que su hijo sería un profeta. Habían pasado siglos desde que Dios había hablado por última vez a través de los profetas. Pero Dios haría que Juan fuera como el antiguo profeta Elías. Juan sería el precursor del Señor que vendría.

Obviamente para Lucas el anuncio que el ángel le hizo a Zacarías no era el principio, aunque él tomó la historia desde ahí. El nacimiento de Juan cumplió una antigua profecía: “Estoy por enviarles al profeta Elías antes que llegue el día del Señor, día grande y terrible” (Mal 4:5). Esta profecía se encuentra en la última página del Antiguo Testamento. Pero ese tampoco fue el principio.

Para descubrir el principio de la historia debemos retroceder, leer sobre Elías y descubrir cómo se preparó él para la venida del Señor. ¿Qué tan lejos debemos retroceder para poder comenzar en

el mero principio? Lucas nos da una respuesta dramática cuando él da la genealogía legal de Jesús (Lc 3:23-37). La línea real retrocede hasta Zorobabel, Natán, David, la tribu de Judá, después a Abraham, después a Sem, Noé y Set, “hijo de Adán, hijo de Dios”.

Lucas quería que comprendiéramos que la historia de Jesús comienza con la historia de la humanidad. Jesús era Hijo de Adán, Hijo de Dios. Para seguir la historia de Jesús debemos comenzar en la primera página de la Biblia. De hecho Juan, en la introducción a su Evangelio, nos lleva aún más lejos: “En el principio ya existía el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios” (Jn 1:1). Juan testifica que Jesús es el Alfa y la Omega, el Primero y el Último, el Creador y la Meta de toda la historia (Ap 22:13,16). Juan llegó a esta extraordinaria conclusión sobre Jesús, no solo por las palabras y los hechos de los que él fue testigo, sino porque él llegó a reconocer a Jesús como el Señor de la promesa, el Salvador de Israel.

Juan comienza su Evangelio con “En el principio...” para señalarnos el verdadero comienzo de la historia. Él escribe para que nosotros podamos creer que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios (Jn 20:31). Para entender lo que Juan quiere decir tenemos que examinar algo que él conocía bien: la historia del Antiguo Testamento.

A cualquiera que le hayan leído historias de la Biblia cuando era niño sabe que hay grandes historias en la Biblia. Pero es posible conocer las historias de la Biblia y, sin embargo, perderse *la* historia de la Biblia. La Biblia es mucho más que lo que declaró William How: “un alhajero de oro donde se guardan las joyas de la verdad”. Es más que una colección desconcertante de oráculos, proverbios, poemas, instrucciones arquitectónicas, anales y profecías. La Biblia tiene una línea de historia. Traza un drama que se va desarrollando poco a poco. Esta historia sigue la historia de Israel, pero no comienza ahí; tampoco contiene lo que tú esperarías de la historia de una nación. La narrativa no le rinde tributo a Israel. Al contrario, a menudo condena a Israel y justifica los juicios más severos de Dios.

La historia es la historia de Dios. Describe Su obra para rescatar a rebeldes de su locura, culpa y ruina. Y en Su operación de

rescate, Dios siempre toma la iniciativa. Cuando el apóstol Pablo reflexiona sobre el drama de la obra salvadora de Dios, dice con asombro: “Porque todas las cosas proceden de Él, y existen por Él y para Él. ¡A Él sea la gloria por siempre! Amén” (Ro 11:36).

Solo la revelación de Dios podría mantener un drama que se extiende por miles de años como si fueran días u horas. Solo la revelación de Dios puede hacer una historia en donde el final se anticipa desde el principio y donde el principio rector no es la suerte o el destino, sino la promesa. Los autores humanos pueden hacer una ficción en torno a una trama que hayan concebido, pero solo Dios puede plasmar una historia con un propósito real y esencial. El propósito de Dios desde el principio se centra en Su Hijo: “Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación, porque por medio de Él fueron creadas todas las cosas en el cielo y en la tierra, visibles e invisibles[...] todo ha sido creado por medio de Él y para Él” (Col 1:15-16).

Dios hizo la creación *por* Su Hijo y *para* Su Hijo; de la misma manera Su plan de salvación comienza y termina en Cristo. Incluso antes de que Adán y Eva fueran echados del Edén, Dios anunció Su propósito. Él enviaría a Su Hijo al mundo para traer salvación (Gn 3:15).

Dios no llevó a cabo Su propósito enseguida. No envió a Cristo para que naciera de Eva a las puertas del Edén. Tampoco grabó toda la Biblia en las tablas de piedra que le dio a Moisés en el Sinaí. Por el contrario, Dios mismo se mostró como el Señor de los tiempos y las épocas (Hch 1:7). La historia de la obra salvadora de Dios está enmarcada en épocas, en periodos de historia que Dios determina por Su palabra de la promesa. Dios creó por Su palabra de poder. Él habló y fue hecho; Él mandó y todo quedó firme. Dios dijo: “¡Que exista la luz!” y fue la luz (Gn 1:3). De la misma manera Dios habló Su palabra de la promesa. Esa palabra no tiene menos poder porque esté dicha en tiempo futuro. Las promesas de Dios son seguras; se cumplirán en el tiempo señalado (Gn 21:2).

Sin embargo, mientras que la historia es la historia de Dios y la salvación es Su obra, los hombres y las mujeres no son solo espectadores. Sin lugar a dudas hay momentos en los que se le

dice al pueblo de Dios que se quede quieto y vea la salvación del Señor (Éx 14:13-14). Pero Dios también les manda que dejen sus casas y se vuelvan peregrinos, que se pongan en marcha por regiones áridas que no tienen agua, y que peleen contra naciones hostiles. La gracia de Dios al librarlos y guiarlos los llama a tener fe en Él, al compromiso de la confianza incondicional. Puesto que Dios promete lo que Él va a hacer, Su pueblo puede confesar con gozo que “la salvación viene del Señor” (Jon 2:9). Pero como Dios no hace enseguida todo lo que Él ha prometido, la fe de Su pueblo es probada y comprobada. Su anhelo se vuelve intenso. A veces la promesa parece no solo distante, sino ilusoria. Son víctimas de la incredulidad y claman: “¿Está o no está el Señor entre nosotros?” (Éx 17:7).

Los escritores del Nuevo Testamento nos recuerdan la realidad y la intensidad de la fe de los santos del Antiguo Testamento. El autor de Hebreos escudriña sus torturas y sus triunfos y concluye: “Todos ellos vivieron por la fe, y murieron sin haber recibido las cosas prometidas; más bien, las reconocieron a lo lejos, y confesaron que eran extranjeros y peregrinos en la tierra” (Heb 11:13).

Para animar y fortalecer a Sus santos que sufrían, el Señor muchas veces repitió Sus promesas. Por medio de los profetas Dios habló a Israel, denunciando el pecado de los que se rebelaban, pero describiendo cuadros aún más maravillosos de la bendición por venir. El apóstol Pedro reflexionó sobre el ministerio de esos profetas del Antiguo Testamento:

Los profetas, que anunciaron la gracia reservada para ustedes, estudiaron y observaron esta salvación. Querían descubrir a qué tiempo y a cuáles circunstancias se refería el Espíritu de Cristo, que estaba en ellos, cuando testificó de antemano acerca de los sufrimientos de Cristo y de la gloria que vendría después de estos (1P 1:10-11).

No solo los profetas, nos dice Pedro, sino hasta los ángeles del cielo anhelaban contemplar los misterios del grandioso plan de Dios.

El drama de Dios no es una ficción que se revela paulatinamente ni es una leyenda que se desarrolla sorpendentemente. La historia de la Biblia es una historia verdadera, forjada en las vidas de cientos y miles de seres humanos. En un mundo donde la muerte reinaba soportaron confiando en la fidelidad de la promesa de Dios. Si olvidamos la línea de la historia del Antiguo Testamento, también pasaremos por alto el testimonio de la fe de ellos. Esa omisión elimina el corazón de la Biblia. Las historias de la escuela dominical se cuentan, por consiguiente, como versiones educadas de los cómics dominicales, en donde Sansón sustituye a Supermán. Por esta razón el encuentro de David con Goliath languidece convirtiéndose en una versión antigua escrita en hebreo de Jack, el mata-gigantes.

No. David no es un muchacho valiente que no le tiene miedo al gigante enorme y malvado. Él es el ungido del Señor, escogido por Dios para ser rey y liberar a Israel. Dios escogió a David como un rey conforme a Su propio corazón con el fin de preparar el camino al admirable Hijo de David, nuestro Libertador y Campeón. La respuesta de David a las burlas de Goliath nos muestra que David era un guerrero de fe: “Tú vienes contra mí armado de espada, lanza y jabalina; pero yo vengo contra ti en el nombre del Señor de los ejércitos, el Dios de los escuadrones de Israel, a quien tú has provocado” (1S 17:45).

Puesto que David peleó en el nombre del Señor, su lucha y su victoria tuvieron un significado más allá de la batalla inmediata. Él estaba seguro de la victoria porque sabía que Dios había llamado a Israel para que fuera Su pueblo. Él era el Dios de las huestes celestiales, pero también el Dios de los ejércitos de Israel.

El profeta Samuel había ungido a David. Él sabía que el Señor lo había llamado de cuidar las ovejas de su padre para que se convirtiera en el pastor de Israel. David cumplió un papel. A través de él Dios concedió la liberación, no porque él fuera valiente o por el golpe mortal con la honda, sino porque él fue escogido y fue llenado del Espíritu de Dios. Cuando Dios prometió después dar un dominio eterno al Hijo de David, aclaró que la monarquía

de David no era un fin en sí misma, sino que servía como una preparación para la venida del gran Rey.

De esta manera el Antiguo Testamento nos da tipos que prefiguran el cumplimiento del Nuevo Testamento. Un tipo es una forma de analogía que es característico de la Biblia. Como todas las analogías, un tipo combina identidad y diferencia. Tanto a David como a Cristo se les dio poder y dominio real. A pesar de las enormes diferencias entre la realeza de David y la de Cristo, hay puntos de identidad formal que hacen valiosa la comparación.

Pero es exactamente este grado de diferencia lo que caracteriza los tipos bíblicos. Las promesas de Dios que están en la Biblia no nos ofrecen regresar a una época de oro del pasado. El Hijo de David que vendría no es solo otro David. Más bien, puesto que Él es mucho mayor, David puede hablar de Él como Señor (Sal 110:1). Los doctos en las escrituras de los días de Jesús no entendían esto. No pudieron contestar la pregunta de Jesús: “Si David lo llama “Señor”, ¿cómo puede entonces ser su Hijo?” (Mt 22:45). Tanto Jesús como Sus adversarios sabían que el Mesías prometido tenía que ser Hijo de David. Pero solo Jesús entendía por qué David en el Espíritu lo había llamado “Señor”.

La historia de Jesús, entonces, no comienza con el cumplimiento de la promesa, sino con la promesa misma y con los actos de Dios que acompañaron Su palabra. Conforme retrocedemos al inicio de la historia, encontramos mucho que el Nuevo Testamento no nos dice porque ya se nos ha dicho. Cuando vemos a los jueces que Dios levantó para liberar a Israel de sus opresores, comprendemos mejor lo que Dios quiso decir cuando declaró que Él pondría la justicia como coraza y la salvación como casco y que Él mismo sería el Juez y Salvador de Su pueblo (Is 59:16-17). Cuando Dios redujo el ejército de Gedeón a tan solo trescientos hombres, reconocemos que fue Dios quien los liberó y no la fuerza de sus brazos. Cuando Dios redujo la fuerza de Israel todavía más, a un solo hombre (Sansón) comprobamos que Dios podía librar con un campeón, cuyas victorias en la vida fueron coronadas por victoria en su muerte.

Al mismo tiempo, cuando retrocedemos hacia el comienzo de la historia, encontramos que las diferencias son abrumadoras, no solo para nosotros, sino para los que por fe recibieron las promesas. El papel de Sansón, como juez, apuntaba hacia la liberación de Israel de todos sus enemigos, liberación que Dios había prometido; pero el desempeño de Sansón se quedó muy corto respecto a su llamado. De hecho, Sansón fue constituido juez casi a pesar de él mismo. Sus liberaciones a veces provenían de situaciones difíciles que él mismo propiciaba, mientras perseguía a las mujeres filisteas más que a los ejércitos filisteos.

Aun así, ciego y escarnecido en el templo de Dagón, Sansón murió como un juez, investido por el Señor. Parado allí, empujó con sus manos las columnas del templo que se apoyaban en pedestales de piedra. Después oró con amarga ironía para vengarse de los filisteos, aunque sus últimas palabras fueron: “¡Muera yo junto con los filisteos!” (Jue 16:30). El sagrado escritor nos dice que en su muerte destruyó a más personas que en su vida. Aquí la Escritura nos muestra que Dios puede obrar Su salvación incluso a través de la muerte de Su poderoso juez.

Los fracasos y los pecados de Sansón, no menos que sus victorias, son parte de la historia porque muestran que Uno mayor que Sansón tenía que venir si las promesas de Dios se tenían que cumplir. Sansón guardó solo la pureza externa del voto nazareo (y finalmente incluso rompió eso); la pureza interna y verdadera se manifestaría en el último Juez de Israel.

El propósito de este libro no es contar toda la historia desde el principio. ¡Existe un Libro que hace eso! Más bien, su meta es seguir la línea de la trama, tocar episodios claves y ofrecer una guía a la historia que está oculta en todas las historias, para que podamos ver al Señor de la Palabra en la Palabra del Señor.

Preguntas sobre el estudio

1. ¿Cuál fue el último profeta que anunció la venida de Jesús?
2. ¿En dónde se profetiza en la Biblia el nacimiento de Juan el Bautista?
3. ¿Con quién empieza la genealogía de Jesús en Lucas? Así que, ¿en dónde realmente comienza la historia? ¿Por qué?
4. ¿Qué tiene de especial la revelación de Dios en comparación con cualquier otra historia del hombre?
5. ¿Qué papel juega el pueblo de Dios en el drama de la redención? ¿Por qué?
6. Define lo que es un tipo. ¿Qué es lo que caracteriza a los tipos de la Biblia?
7. Toma a Sansón como ejemplo y explica cómo él es un tipo de Jesús. ¿En qué se parece a Cristo y en qué se diferencia?

Preguntas de aplicación

1. “La más grande historia jamás contada” es un título que se ha usado para la Biblia. ¿Estás de acuerdo con esto? ¿De qué otra manera describirías la Biblia?
2. ¿De qué manera la introducción a *El Misterio Revelado* hace que desees leer el resto del libro?
3. ¿Alguna vez has sentido que leer el Antiguo Testamento se compara a ver una película extranjera sin subtítulos? Si es así, ¿cómo cambia esta introducción tu perspectiva del Antiguo Testamento? ¿Hace que te den ganas de leer la Biblia comenzando desde el principio?
4. En tus propias palabras, resume la tesis que Clowney proyecta para su libro.
5. Lee 2 Corintios 12:5, 9-11 y relaciona estos versículos con la pregunta 5 sobre el estudio.

CAPÍTULO UNO

EL NUEVO HOMBRE



LA PRIMERA ESCRITURA que se escribió vino de la mano de Dios: Dios inscribió Su ley en dos tablas de piedra (Éx 31:18). Esa inscripción comienza así: “Yo soy el Señor tu Dios” (Éx 20:2).

En el Monte Sinaí, Dios se identificó como el Dios de Israel. Sin embargo, el Dios de Israel no era una deidad tribal. Él era también el Rey de las naciones y el Dios de la creación. La revelación de Dios a Israel incluía no solo la ley mediante la cual se regulaban su vida y adoración, sino mucho más. Para conocer al Señor su Dios, Israel lo tenía que conocer como el Creador. Para discernir su llamado, el pueblo tenía que conocer la historia de su padre Abraham y *su* llamado. También era esencial que ellos conocieran el dominio de Dios sobre las naciones: las naciones que iban a ser bendecidas por medio de la nueva nación comenzaron con el hijo de Abraham.

El primer libro de Moisés comienza con la narración de la historia que conduce al llamado de Israel y su éxodo de Egipto. Es el libro de las “generaciones” que rastrea, no solo las historias de los padres de Israel, sino que pone su llamado en el contexto de los tratos de Dios con toda la raza humana desde el tiempo de la creación. Aunque *toda* la tierra era Suya, Israel era el pueblo escogido de Dios, Su preciosa posesión. Sin embargo, el llamado

Esperamos que hayas disfrutado
de esta muestra del libro
El Misterio Revelado.

Para conseguir el libro completo y conocer más
acerca de nosotros, visita nuestra página web:
www.poiema.co

O comunícate con nosotros al correo:
info@poiema.co



© 2014 Poiema Publicaciones
¡El Evangelio para cada rincón de la vida!